

Interior de La Lonja



1<sup>a</sup>

# Lección DE ARQUITECTURA

DE paso por la capital de Aragón, hace unos meses, se me ordenaron provisionalmente, ante la presencia de sus monumentos bajo una deslumbrante luz diamantina de estío aragonés, algunas reflexiones que, mejor articuladas y expuestas, pudieran constituir una primera lección de Arquitectura. Era en un mediodía saludado por rachas de viento del Moncayo, ese viento que parece deshacer en polvo el ladrillo del viejo caserío ya mordido y erosionado por los siglos y los hombres; en la plaza que reúne las tres insignes fábricas de la ciudad del Ebro me detuve a contemplarlas, no sin desafiar las tolvaneras de unos derribos municipales. Primero, La Seo, muy maltratada y enmendada por los cambios del gusto, pero que salva su personalidad arquitectónica por los mutilados restos de su ábside mudéjar y la esbelta torre de inspiración italiana, de feliz silueta. Al otro extremo, El Pilar, con su enorme masa barroca, que sólo se hace expresiva en la polifónica variedad de las cúpulas y las torres. En el centro, el sobrio y exacto paralelepípedo rosado de La Lonja, logrado ejemplo de perfecto volumen arquitectónico, de composición, de perfiles, en el que todo ha sido utilizado con el tino que produce la obra maestra: proporción, líneas, material, luz; una joya de la arquitectura hispánica. Sintética y significativa lección brindan, por dentro y por fuera, tres monumentos tan dispares. Pues en estilos y épocas diversas, se nos ofrece evidente la variedad en la solución feliz, la que el talento es capaz de hallar siempre que se enfrenta con voluntad de arte con un problema arquitectónico. Voluntad y talento oscurecidos tantas veces por la prisa, la pereza, la cómoda abdicación en brazos de la solución industrial, tres grandes corruptoras de nuestros arquitectos de hoy. Ese vivir de prestado, con falso y facilón recurso, tanto de los estilos del pasado como de las ortopédicas invenciones de la ingenie-